



“VETE Y HAZ TÚ LO MISMO”

Comentario a la parábola del Buen Samaritano con motivo de la Pascua del Enfermo

Viveiro, 5 de mayo de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos la Pascua del enfermo en el año 2013 con el lema: “Ve y haz tú lo mismo” que nos remite a la parábola del buen samaritano. En realidad el buen samaritano es Jesús mismo. El cura nuestras heridas con el aceite del consuelo y el vino de la alegría. Ahora bien, una vez que el Señor ha desaparecido visiblemente de entre nosotros, es la Iglesia la que ha de ser buena samaritana al estilo de Jesús. Dentro de la Iglesia los implicados a todos los niveles en la Pastoral de la Salud han de hacer lo mismo que hizo el Señor y comportarse como buenos samaritanos en el mundo de los enfermos, personas solas, cuidadores de enfermos, etc... A todos los diocesanos, y a los que trabajan en Pastoral de la salud de un modo especial, escribo esta Carta para ayudarles a vivir con más conciencia su preciosa vocación.

“La parábola evangélica narrada por san Lucas –nos recordaba Benedicto XVI- forma parte de una serie de imágenes y narraciones extraídas de la vida cotidiana, con las que Jesús nos enseña el amor profundo de Dios por todo ser humano, especialmente cuando experimenta la enfermedad y el dolor. Pero además, con las palabras finales de la parábola del Buen Samaritano, «Anda y haz tú lo mismo» (Lc 10,37), el Señor nos señala cuál es la actitud que todo discípulo suyo ha de tener hacia los demás, especialmente hacia los que están necesitados de atención. Se trata por tanto de extraer del amor infinito de Dios, a través de una intensa relación con él en la oración, la fuerza para vivir cada día como el Buen Samaritano, con una atención concreta hacia quien está herido en el cuerpo y el espíritu, hacia quien pide ayuda, aunque sea un desconocido y no tenga recursos. Esto no sólo vale para los agentes pastorales y sanitarios, sino para todos, también para el mismo enfermo, que puede vivir su propia condición en una perspectiva de fe: «Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito» (Enc. *Spe salvi*, 37)”¹.

INTRODUCCIÓN

¿Qué he de hacer para recibir como herencia la vida eterna?

Nos encontramos tal vez ante la parábola más provocativa y la que mejor sugiere la revolución introducida por Jesús desde su experiencia de la compasión de Dios.

Quiero empezar recordando la ocasión de la parábola: un experto conocedor de leyes y preceptos quiso poner a prueba a Jesús. El punto de partida en este encuentro es la mirada

¹ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo*, 11 de febrero de 2013

dirigida a la vida eterna. *¿Qué he de hacer para recibir como herencia la vida eterna?* Conviene subrayar dos aspectos de esta pregunta:

a) Ya en ella misma aparece veladamente un anhelo de conquista. Pero la vida eterna no se hereda ni se conquista por méritos propios. La vida eterna no es el premio a la bondad humana. La vida eterna es la vida de Dios que él nos comunica. La vida eterna no se compra, se acepta como regalo. Es un don que nos viene del Padre misericordioso. Gracias a ese don otorgado por el amor de Dios, yo quiero hacer de mi vida una respuesta igualmente amorosa. La vida eterna es gratuidad que pide coherencia.

b) La pregunta del maestro de la ley: "Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?", se parece extraordinariamente a la que formuló a Jesús el joven rico (Mt 19,16), tan jugosamente comentada por el beato Juan Pablo II al comienzo de la encíclica *Veritatis Splendor*. Aunque aquí dice que la pregunta está hecha "para ponerlo a prueba" a Jesús, queriendo quizás indicar con eso que en este caso no era una pregunta sincera, lo cierto es que la pregunta misma, al igual que la del joven rico, es "una pregunta esencial e ineludible para la vida de todo hombre, pues se refiere al bien moral que hay que realizar y a la vida eterna", y expresa la intuición de que "hay una conexión entre el bien moral y el pleno cumplimiento del propio destino"².

Jesús no permite que se le atrape. Por eso Él, a su vez, devuelve la pregunta: En primer lugar: *¿Qué está escrito en la Ley?* Tú conoces los mandamientos, tú sabes de memoria lo que manda la Ley. ¿Qué es lo que está escrito? Y, luego continúa: *¿Qué lees tú en esa Ley?* Ya no es solamente el precepto vacío, la letra muerta, el artículo del código que se debe respetar. Hay una nueva mirada: ¿Cómo interpretas tú lo que allí se contiene? Tú, que te crees maestro y entendido ¿qué piensas? ¿Qué puedes encontrar en lo que conoces de la Ley? La respuesta del jurista está dada con buen conocimiento. El especialista combina textos de dos lugares de la Torá y hace presentes en su respuesta a Dios y al prójimo. Es la clásica respuesta doctrinal. Es la idea sabida y la norma aprendida. La interpretación que el escriba hace del corazón de la Ley es acogida plenamente por Jesús: "Has hablado bien. Haz eso y tendrás la vida". De hecho, esa interpretación, que pone el alma de toda la ley de Dios y la plenitud de la existencia humana, en el amor a Dios con todas las energías de la vida y en el amor al prójimo como a uno mismo, coincide con la que el mismo Jesús había respondido a aquel otro sabio en leyes que le había preguntado por el mandamiento más importante de la Ley (cf. Mt 22, 34-40; Mc 12, 28-31). Casi pareciera que aquí termina el encuentro, que ya está todo dado y que lo único que se buscaba era demostrar los conocimientos.

Pero viene entonces la nueva cuestión que habrá de permitir la enseñanza de Jesús. Sobre la realidad y la forma de amar a Dios ni se discute, ni se polemiza, no se duda ni se vacila. Parece que todo está claro. Pero: *¿quién es mi prójimo?*, le pregunta el jurista. Una pregunta aparentemente inocente que da pie a una gran revelación. El Señor no dio respuesta con una definición teórica como lo esperaba ese experto en ideas y normas sino que respondió con un bello relato: la preciosa parábola del buen samaritano. Recordemos que Jesús, según el relato evangélico de Lucas, cuando vive este encuentro con el jurista judío, está camino de Jerusalén. Un viaje que le conducirá al lugar de su vuelta al Padre. Un viaje en el que Jesús enseña a sus discípulos su modo de vida y misión. Pertenece a esos elementos esenciales de los que un discípulo está *llamado* a vivir. De alguna manera es parte de la exigencia del discipulado y la enseñanza se convierte en exigencia para todo el que anhele hacerse discípulo del Señor Jesús.

² JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, n. 8

"Jesús dijo:

- Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo, dio un rodeo y pasó de largo.

Pero un samaritano que iba de viaje, llegó donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándole aceite y vino y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo:

- Cuida de él y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta.

¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?

El letrado contestó:

- El que practicó la misericordia con él.

Le dijo Jesús:

- Anda, haz tú lo mismo"

(Lc. 10, 30-37)

1. "UN HOMBRE BAJABA DE JERUSALÉN A JERICÓ, CAYÓ EN MANOS DE UNOS BANDIDOS. LO DESNUDARON, LO GOLPEARON DEJÁNDOLO MEDIO MUERTO"

Este hombre anónimo está presente en el relato desde el comienzo hasta el final. Hacia él se dirige la mirada. Y no está identificado con ningún grupo o facción. Los demás pertenecen a una clase, a un determinado grupo humano. Pero éste no. Representa al ser humano cualquiera y a la humanidad toda.

El camino del recorrido es un camino conocido. Menos de 30 kilómetros separan las dos ciudades, y no es extraña para los oyentes una situación como la que aquí se cuenta. No se narra ningún acontecimiento ajeno a la cotidianidad. Aparecen los ladrones y su primera acción es quitarle la ropa. Vale la pena recordar que la manera de vestirse, especialmente en un mundo tan lleno de diversos pueblos y culturas, identifica, de alguna manera, la procedencia, el origen, el grupo. Quitar la ropa es hacer a nuestro hombre más y más anónimo. No puede ser identificado. Queda totalmente necesitado. Y no solo es desnudado sino que es golpeado y seguramente robado. Queda, dice el relato, 'medio muerto'. Una expresión única en el Nuevo Testamento. A punto de morir, en el último estado previo a la muerte. Sin posibilidad alguna de darse a conocer, de comunicarse. A merced de cualquier cosa que pueda pasar. El moribundo nada puede hacer por sí mismo. Se encuentra a merced de los que estén dispuestos a servir y a colaborar.

2. "POR CASUALIDAD BAJABA POR AQUEL CAMINO UN SACERDOTE Y AL VERLO PASÓ DE LARGO"

El sacerdote en la época de Jesús era el investido de poder. No había autoridad civil israelita dada la situación de dependencia del Imperio. Israel era un pueblo teocrático y este personaje encarna la autoridad religiosa. Al sacerdocio se pertenecía en el pueblo de Israel por pertenecer a una tribu concreta. Eran los descendientes de Aarón. En Jerusalén estaba el Sumo Sacerdote que era la máxima autoridad y los sacerdotes principales que formaban lo que podríamos llamar aristocracia sacerdotal. Luego estaban todos los demás sacerdotes repartidos a lo largo y ancho del territorio, distribuidos en clases y grupos que tenían posibilidad de ejercer un servicio ministerial en el Templo, durante algunos pocos días cada

año³. Pues bien, uno de esos sacerdotes de la gran masa, es el personaje que pasa por el lugar en el que está tirado en el suelo nuestro hombre moribundo. Aunque no perteneciera a la alta casta sacerdotal, ocupaba un lugar en la escala social y era respetado y tenido en cuenta. Según los historiadores, Jericó era ciudad de muchos sacerdotes. Jesús no lo juzga, simplemente describe su comportamiento. En general, Jesús es muy respetuoso con los sacerdotes. Pero, en nuestra parábola, la forma de comportarse este sacerdote, deja entrever una cierta dureza de corazón. Y es contra esa forma de vivir la religión contra la que Jesús quiere prevenirnos. No es una crítica al sacerdocio o al culto por sí mismos. Es una invitación a tener otra mirada diferente a la de los prejuicios y las equivocadas tradiciones. Es la invitación a contemplar siempre al otro y mirarlo desde su diferencia y diversidad.

La tradición del pueblo hacía que los judíos se desentendieran de quien no formaba parte de los suyos. No se podía reconocer como prójimo a un hombre en esa situación. Uno que pronto morirá, pone al sacerdote frente a tradiciones que desaconsejan o prohíben tocar un cadáver. Y aquí, podría serlo. Quien quería responder a la llamada a la santidad debía cuidarse de todas las prescripciones referentes a la pureza y al culto. La santidad se miraba más como el ajustarse al cumplimiento de preceptos mirados como la voluntad de Dios y, aquí, se podrían quizás quebrantar algunos. Además, los rituales de purificación para los sacerdotes que caían en estos tipos de impurezas, eran especialmente severos. Este sacerdote, más que maldad seguramente es víctima del escrúpulo de sus propios condicionamientos religiosos. Y Jesús nos va a mostrar que no es ése el comportamiento de quien quiere ser llamado discípulo suyo.

3. DE IGUAL MANERA UN LEVITA LLEGÓ A AQUEL LUGAR, SE ACERCÓ, LO VIO Y SIGUIÓ DE LARGO”

También este personaje es perteneciente a un grupo. Casi podríamos hablar hoy de un seminarista o un novicio. Era el clero bajo. Sin funciones sacerdotales pero sí ayudantes del culto en otros menesteres. Descendientes de Leví pero con el oficio de servir a los sacerdotes y al templo en actividades secundarias: limpieza, vigilancia, música, etc. Este levita repite el actuar del sacerdote: acercarse, mirar, irse. Pareciera que llega a mirar un poco más cerca. Pero al final, lo mismo. Pasa de largo. Ni siquiera le da compañía para este necesitado. Se le niega al herido toda posibilidad de relación, de encuentro, toda posibilidad de salvación. Pesan otras consideraciones.

4. “PERO UN SAMARITANO QUE IBA DE CAMINO SE LE ACERCÓ Y AL VERLO SE COMPADECIÓ”

Y llega de pronto el tercer personaje. Aumenta el 'supense'. ¿Quién vendrá ahora? Todo llevaría a pensar en un judío corriente, en un laico. Una sorpresa para los oyentes, un golpe para el jurista. Es un enemigo, es un detestado, un proscrito. Un samaritano era, no solamente un extranjero, era alguien en quien no se podía confiar. Hay demasiada historia: Sargón de Asiria en el siglo VIII a.C. invadió la región donde se había asentado el reino del norte, Israel, asesinó muchísimos y deportó a la mayoría. Luego, repuebla el país con árabes y babilonios que se mezclan con los que han quedado. Un mestizaje grande que en la mirada judía implicaba necesariamente impureza de raza y sangre. Adicionalmente se mezclan usos y

³ Podemos recordar a Zacarías, el padre de Juan Bautista, que estaba precisamente de turno en el santuario cuando recibió el anuncio del ángel sobre su futura paternidad

costumbres religiosas diversas que generan un enorme sincretismo. Viene, algún tiempo después, la invasión del reino de Judá por el ejército de Babilonia, la destrucción del templo y la deportación de los israelitas a Babilonia. Cuando años más tarde, al regreso del destierro, algunos de los samaritanos se ofrecen para colaborar en la reconstrucción del templo de Jerusalén, Su ofrecimiento es rechazado porque no se les considera pertenecientes a la nación santa. No son del pueblo elegido; son impuros. Es entonces cuando esos grupos del territorio de Samaría deciden construir su propio templo y crear sus propias costumbres. Aceptan parte de las Escrituras sagradas del judaísmo. Pero son mirados por los judíos como traidores y apóstatas.

En la parábola de Jesús, es uno de esos, un samaritano, un enemigo, uno del 'otro lado', quien va a asumir el papel de protagonista. Su actitud es totalmente diferente. También se acerca y ve lo que sucede. Pero no se va. No sigue de largo. Se llena de compasión. Vive en sus entrañas el dolor del moribundo. Tiene misericordia. En la parábola del buen samaritano, tres figuras entran en acción, las dos primeras practican la indiferencia, pasan de largo; el buen samaritano, en cambio: observa, escucha, se detiene y da lo que puede (tiempo personal, recursos económicos...). Además gratuitamente, sin esperar resultados, sin esperar nada a cambio. No practica la lógica infantil, la lógica del cálculo y del beneficio que es dar para que me den, sino que se mueve por la lógica de la gratuidad.

La expresión original en el texto de la parábola es un verbo griego que habla del dolor entrañable. No es solo una compasión moral o espiritual. Es un dolor físico, visceral. Es el mismo verbo que corresponde al sentimiento que acompaña a Jesús en los textos evangélicos que narran la compasión experimentada por él frente a necesidades humanas. Es el desgarramiento interior de quien carga el dolor ajeno y lo hace propio. Lo interesante aquí es que este sentimiento es el de un samaritano. Sentimiento que de alguna manera es expresión de algo divino, de algo que corresponde vivir a Dios mismo. Manifiesta en el personaje compadecido toda la entrañable misericordia de Dios que por medio de Jesús ha llegado a nosotros.

Quien aparece en la parábola como aquel que merece ser imitado es el samaritano. Jesús rompe toda expectativa. El verdadero actor de misericordia es el menos esperado. Es ese que no se acepta, ese que pertenece al "otro" grupo, que está proscrito. Ese a quien se le mira como enemigo. Quienes escuchaban a Jesús debieron quedar verdaderamente desconcertados: ¿cómo es posible que el que salvase fuese un samaritano? ¿Podrían ellos permitir ser salvados por uno de esos? Porque no fue un judío el que salvó a un herido, sino que fue un samaritano el que estuvo allí. La parábola es realmente subversiva. Cambia no solo las expectativas de unos oyentes sino la manera de mirar y de actuar. Por eso el texto golpea tan fuerte. No se trata solo de una buena acción y de una posibilidad de imitar al bondadoso. Hay mucho más. Es un cambio de mente y corazón. Es el cambio de una concepción religiosa pegada a los preceptos a una forma nueva de vivir la relación con Dios, como el samaritano que experimenta el mismo sentimiento de Dios.

"La ternura del buen Samaritano –comentaba el cardenal Bergoglio hoy Papa Francisco– no fue ningún sentimentalismo pasajero. Todo lo contrario; el sentir compasión hizo que el Samaritano tuviera el coraje y la fortaleza para socorrer al herido. Los flojos fueron los otros, los que –por endurecer su corazón– pasaron de largo y no hicieron nada por su prójimo.

Esa ternura y compasión hizo que el Samaritano sintiera que era injusto dejar a un hermano así tirado. La ternura le hizo sentirse solidario con la suerte de ese pobre viajero que podría haber sido él mismo, le hizo brotar la esperanza de que todavía hubiera vida en ese

cuerpo exangüe y le dio valor para ponerse a ayudarlo. Sentimiento de justicia, de solidaridad y de esperanza. Esos son los sentimientos del buen Samaritano [...].

Acercarse. No dar rodeos ni pasar de largo. Acercarse hoy, ahora: ésa es la clave; eso es lo que nos enseña Jesús. Tenemos que acercarnos a todos nuestros hermanos, especialmente al que necesita. Cuando uno se acerca "se le enternece el corazón". Y en un corazón que no tiene miedo a sentir ternura (esa ternura que es el sentimiento que tienen el papá y la mamá con sus hijitos) el que está necesitado se convierte como en nuestro hijo, en alguien pequeño que necesita cuidado y ayuda. Entonces el deseo de justicia, la solidaridad, la esperanza se traducen en gestos concretos [...].

En cambio, cuando no nos acercamos, cuando miramos de lejos, las cosas no nos duelen ni nos enternecen. Hay un refrán que dice: "ojos que no ven, corazón que no siente". Pero también pasa al revés, sobre todo hoy en día que lo vemos todo, pero por televisión: "Corazón que no se acerca, que no toca el dolor, corazón que no siente... y, -por tanto- ojos que miran pero no ven"⁴.

5. "Y ACERCÁNDOSE VENDÓ SUS HERIDAS ECHANDO EN ELLAS ACEITE Y VINO Y PONIÉNDOLO SOBRE SU PROPIA CABALGADURA LO LLEVÓ A UNA POSADA Y CUIDÓ DE ÉL"

La compasión que brota desde las entrañas continúa actuando. Del sentimiento y de la experiencia profunda del dolor físico propio ante el dolor ajeno se pasa a la acción, a las acciones. La descripción se hace de una manera curiosa. Porque dice primero que vendó y después señala que utilizó aceite y vino. El aceite es un elemento para curar, es sanador⁵ y el vino es producto desinfectante. Pero en estas acciones hay una marcada evocación de textos del Antiguo Testamento que hablan del obrar de Dios que venda, cura, sana, levanta. Leemos algunos versículos del capítulo 6 del libro de Oseas: «Venid, volvamos al Señor: él nos ha desgarrado, pero nos sanará; nos ha golpeado, pero vendará nuestras heridas. Después de dos días nos hará revivir, al tercer día nos levantará, y viviremos en su presencia. Porque yo quiero misericordia y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos. Ellos violaron mi Alianza en Adán, allí me traicionaron. Como bandidos que están al acecho, una banda de sacerdotes asesina en el camino de Siquem; ¡es una infamia lo que hacen!»(Os 6,1- 2,6-7 y 9).

Y, adicionalmente, en el culto del Templo de Jerusalén se acostumbraban las libaciones de aceite y vino en honor de Dios. Hay, mezclados en el texto de la parábola, alusiones, claras o veladas, a esa dimensión de la vida que es la expresión religiosa cultural. Hay elementos de uso ritual y está la presencia del sacerdote y del levita. En la acción del samaritano compasivo podemos encontrarnos con una verdadera acción sagrada. Es un acto de culto. Lo inesperado se hace presente: la verdad de la religión se manifiesta no por aquellos de quienes se podría esperar sino precisamente por aquel de quien menos se esperaría. "*Quiero misericordia y no sacrificios*" repite permanentemente Dios por medio de los profetas y de Jesús. Y eso que quiere Dios es realizado por este samaritano. Cuántas veces hay vacío en nuestro culto y olvido de las necesidades.

⁴ Card. J. Bergoglio, *Homilía en S. Cayetano*, 7-8-2000 en A. RUBEN PUENTE (ed.), *Papa Francisco. Cómo piensa el nuevo Pontífice*, Libros libres, Madrid 2013, 74.

⁵ Desde la antigüedad se usa con ese fin y la Iglesia lo incorpora al sacramento de la unción de enfermos, sacramento de curación

El samaritano después de curar y vendar al moribundo, lo monta en su propia cabalgadura. Es la cabalgadura personal de este samaritano que se dispone ahora a conducirlo y llevarlo a un lugar seguro. Asume la posición del que sirve. Él conduce y el que es conducido, el honrado en la acción, es el necesitado, el golpeado. Lo lleva a una posada asumiendo el riesgo de una acción atrevida. Un desconocido atracado y un extranjero samaritano en territorio judío. Pero por encima de cualquier consideración de seguridad personal está la necesidad del sufriente, del ultrajado, del que padece. El sentimiento compasivo, la misericordia entrañable llevan a nuestro buen personaje a correr el riesgo y a asumir las consecuencias que de allí puedan derivarse. El riesgo de servir está en la propia vida. *"El que guarda su vida para sí mismo, se pierde; el que arriesga su vida la conservará para la eternidad"* nos dice Jesús. En la posada continúa el cuidado. Imaginamos una noche de vigilia, de atención, de servicios. Ni la propia comodidad ni los propios intereses. Solo es importante ahora este hombre que sufre a quien se reconoce como hermano. Frente a la necesidad y el sufrimiento mis propias preocupaciones o búsquedas pasan a un segundo plano. El ahora Papa Francisco y entonces cardenal Bergoglio nos aporta estas reflexiones verdaderamente interesantes:

“¿Por qué el Buen Samaritano ‘se pone el herido al hombro’ y se asegura de que reciba el cuidado, la atención que otros, más duchos en la Ley, en las obligaciones, le habían negado? En el contexto del Evangelio, la parábola aparece como una explicación de la enseñanza sobre el amor a Dios y al prójimo como las dos dimensiones fundamentales e inseparables de la Ley. Y si la Ley, lejos de ser una simple obligación externa o el fruto de una negociación pragmática, era aquello que constituía al creyente como tal y como miembro de una comunidad, aquel vínculo fundante con Dios y con su pueblo, fuera del cual el israelita no podía ni siquiera pensarse a sí mismo, entonces amar al prójimo haciéndose prójimo es lo que nos constituye en seres humanos, en personas. Para reconocer al otro como prójimo no me ‘aporta’ nada particular: me constituye esencialmente como persona humana: y entonces, es la base sobre la cual puede constituirse una comunidad humana y no una horda de fieras. El Buen Samaritano se pone el prójimo al hombro porque sólo así puede considerarse él mismo un ‘prójimo’, un alguien, un ser humano, un hijo de Dios. Fijéense como Jesús invierte el razonamiento: no se trata de reconocer al otro como semejante, sino de reconocernos a nosotros como capaces de ser semejantes.

¿Qué otra cosa es el pecado, en este contexto de las relaciones entre las personas, sino el hecho de rechazar el ‘ser prójimo’. De este modo, la idea de pecado se corre del contexto legalista de ‘no hacer ninguna de las cosas prohibidas’ para ubicarse en el mismo núcleo de la libertad del hombre puesto cara a cara ante el otro. Una libertad llamada a inscribirse en el sentido divino de las cosas, de la creación, de la historia, pero también trágicamente capaz de apostarse a sí misma en algún otro posible sentido que siempre termina en sufrimiento, destrucción y muerte.

Primer pista, entonces: creer que todo hombre es mi hermano, hacerme prójimo es condición de posibilidad de mi propia humanidad. A partir de esto, toda la tarea que me compete (y subrayo: toda la tarea) es buscar, inventar, ensayar y perfeccionar formas concretas de vivir esta verdad”⁶

⁶ Card. J. Bergoglio, *Mensaje a las comunidades educativas en la Pascua del Señor de 2006* en A. RUBEN PUENTE (ed.), *Papa Francisco. Cómo piensa el nuevo Pontífice*, Libros libres, Madrid 2013, 75-76

6. "CUÍDALO Y LO QUE GASTES DE MÁS YO TE LO PAGARÉ CUANDO VUELVA"

A la mañana siguiente sacó dos denarios y dándoselos al dueño del lugar le dijo: "Cuídalo y lo que gastes demás yo te lo pagaré cuando vuelva". El herido había sido totalmente despojado. Nada le quedaba. Carece de medios para pagar y eso en el lugar es grave y peligroso. Pero ahí está quien asume su situación, quien está dispuesto a pagarlo todo, a asumir todo el costo de su compasión y de su misericordia. No quiere cargarlo a los demás. Lo que los bandidos habían quitado le viene siendo devuelto. Junto con las curaciones, las vendas, la preocupación por él y los cuidados viene ahora el pago. Lo robado le es, de alguna manera, devuelto por el anónimo servidor samaritano que no se contenta con pagar el salario de dos días de cuidados sino que asume la situación también del futuro. Lo que falte, yo me comprometo a pagarlo a mi regreso. No deja nada suelto, se encarga personalmente de la posible deuda. Pero observemos que le manda 'cuídalo', es decir, préstale atención, ayuda, respeto y confianza. No siempre podemos curar, pero siempre podemos cuidar, se recuerda en Pastoral de la salud.

7. "¿QUIÉN DE LOS TRES TE PARECE QUE LLEGÓ A SER PRÓJIMO DEL QUE CAYÓ EN MANOS DE LADRONES?"

Termina la parábola pero retorna el encuentro de Jesús con el jurista: "¿Quién de los tres te parece que llegó a ser prójimo del que cayó en manos de ladrones?" No ha sido una reflexión fácil. Todo ha sido inesperado, incluso este interrogar de Jesús. Jesús lo lleva a mirarse a sí mismo. Más o menos: Si tú estuvieras en una situación parecida a la de ese hombre lastimado y herido ¿a quién quisieras encontrar? ¿Qué querrías para ti?

No hay alternativa: se ha hecho prójimo el que tuvo misericordia de él. Se abre el horizonte hacia un hacerse prójimo no solo de los propios y los cercanos sino de todos los sufrientes y necesitados. No hay límite para el verdadero amor. No hay restricciones nacidas de la religión, la nacionalidad, la cultura, los prejuicios. Prójimo llega a ser quien sale de sí mismo y es capaz de poner en juego con audacia la propia existencia.

En el amor de Dios, en la misericordia y en la compasión no hay teoría, no hay una simple idea. El verdadero amor es activo, es operante, es dinámico. No es una ingenua declaración de principios, una manifestación de palabras piadosas, una mirada de conmiseración. No. El amor es una acción eficaz y efectiva que libera, que sana, que cura, que salva. Amar no es solo experimentar un sentimiento bello o una afección interna. Amar es poner la vida al servicio de los demás sin reservarse nada; es salir de las comodidades que adormecen para gastarse en la necesidad del necesitado; es estar dispuesto a correr los mayores riesgos por servir. Amar es dar la vida.

Cuando el jurista buscó a Jesús para preguntarle, lo hizo expresando el deseo de saber qué hacer. "*¿Qué he de hacer para heredar la vida eterna?*" Ahora, al final del relato está la invitación concreta al hacer. "*Anda y haz tú lo mismo*". Ya conoces de qué se trata. Ya sabes que no es con buenas intenciones como puedes pensar en una herencia. Sabes que la vida adquiere su sentido en la medida en que se convierte en una respuesta real al amor que nos viene de Dios. Él es la fuente del amor que se manifiesta claramente en la persona de Jesús y que nos hace partícipes de su amor. Ahora el turno es para quien quiere aceptar y acoger ese precioso don de la vida. Hacer lo mismo, atreverse a amar efectivamente.

Pero la parábola del buen Samaritano no viene sólo a poner en guardia contra una interpretación humana restrictiva del mandamiento de Dios, que termina por anularlo en la práctica, sino que debe leerse a la luz de todo el acontecimiento de Cristo. Pues la persona de Jesucristo, comunicación plena y definitiva de Dios al hombre, y por eso también revelación plena del misterio del hombre, es "el fin de la Ley" (Rm 10,4), su medida y su plenitud. El es "el Camino, la Verdad y la Vida" de los hombres (Jn 14,6). El es "la vida eterna" por la que preguntaba el maestro de la ley, y que todo hombre busca desde el fondo de su corazón, con todo lo que hace. El es personalmente, por el don pleno de sí mismo y por la comunicación de su Santo Espíritu, "la nueva Alianza" (cf. Jr 31,31-34), quien hace posible que nuestro "corazón de piedra", que empequeñece los caminos de Dios, se transforme en un "corazón de carne", y se renueve nuestra vida "con un espíritu nuevo" (Ez 36,26-27). El hace de nosotros una "nueva creación" cuando acogemos el don de su Espíritu. El es el verdadero 'buen samaritano': Varios Padres de la Iglesia han visto en la figura del Buen Samaritano al mismo Jesús, y en el hombre caído en manos de los ladrones a Adán, a la humanidad perdida y herida por el propio pecado⁷. Jesús es el Hijo de Dios, que hace presente el amor del Padre, amor fiel, eterno, sin barreras ni límites. Pero Jesús es también aquel que «se despoja» de su «vestidura divina», que se rebaja de su «condición» divina, para asumir la forma humana (*Flp* 2,6-8) y acercarse al dolor del hombre, hasta bajar a los infiernos, como recitamos en el *Credo*, y llevar esperanza y luz. Él no retiene con avidez el ser igual a Dios (cf. *Flp* 6,6), sino que se inclina, lleno de misericordia, sobre el abismo del sufrimiento humano, para derramar el aceite del consuelo y el vino de la esperanza"⁸.

Jesucristo, de hecho, interioriza y radicaliza la Ley, en su vida y en su palabra. Miradas en su conjunto, las exigencias morales del Evangelio son uno de los testimonios más patentes de la pretensión divina de Jesús. Sólo Aquel en quien "habita corporalmente la plenitud de la divinidad"(Col 2,9), es decir, sólo Dios, puede anteponer su seguimiento a los deberes más sagrados del hombre. Más aún, hacer de ese seguimiento, de la pertenencia a El, la condición misma de la participación en el "Reino" y en "la vida eterna". Es importante notar que Jesucristo no se limita a proponer "un camino más excelente" (1 Cor 12,31), puesto que eso no nos serviría de mucho si nuestro corazón no fuese cambiado por su gracia. El nos ofrece hoy, aquí y ahora, la participación en su Espíritu, en su vida propia del Hijo de Dios, como un nuevo principio de vida, y es esa participación la que nos permite vivir "en la libertad gloriosa de los hijos de Dios", esperar "como hijos y herederos" la vida eterna, es decir, realizar en nosotros esa plenitud de verdad y de bien cuyo deseo nos constituye, porque es para lo que hemos sido creados.

8. "ANDA, HAZ TÚ LO MISMO"

Conocemos la parábola, y conocemos su interpretación inmediata. "Anda, haz tú lo mismo". Sé prójimo para todo aquel que se cruce en tu camino. No mires nada, sino su necesidad. No atiendas a ninguna otra cosa, sino a su condición de prójimo. Es decir, a su humanidad, que le une a ti, que comparte contigo. Todo lo demás el pueblo o la raza a la que pertenece, su manera de pensar, sus posiciones políticas es del todo secundario con respecto a este don común a todos. A esa condición de persona humana que hace a todo hombre digno de un trato lleno de respeto, de afecto y de misericordia, el mismo trato que tú reclamas para ti mismo. El Papa Francisco utilizaba el término 'proximidad' para hablar de todo esto:

⁷ Entre ellos Orígenes, *Homilía sobre el Evangelio de Lucas XXXIV*, 1-9; Ambrosio, *Comentario al Evangelio de san Lucas*, 71-84; Agustín, *Sermón 171*)

⁸ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo* 11,02.2013.

"La 'proximidad' es el ámbito necesario para poder anunciar la Palabra, la justicia, el amor, de modo tal que encuentre una respuesta de fe. Encuentro, conversión, comunión y solidaridad que explicitan la 'proximidad' como criterio evangélico concreto que se opone a las pautas de una ética abstracta o meramente espiritual. La 'proximidad' es tan perfecta entre el Padre y el Hijo que de ella proviene el Espíritu.

Es el Espíritu a quien pedimos despierte en nosotros esa particular sensibilidad que nos hace descubrir a Jesús en la carne de nuestros hermanos más pobres, más necesitados, más injustamente tratados, porque nos aproximamos a la carne sufriente de Cristo, cuando nos hacemos cargo de ella, recién entonces puede brillar en nuestros corazones la esperanza, esa esperanza que nuestro mundo desencantado nos pide a los cristianos.

No queremos ser esa Iglesia temerosa que está encerrada en el cenáculo, queremos ser la Iglesia solidaria que se anima a acercarse a los más pobres, a curarlos y a recibirlos. No queremos ser esa Iglesia desilusionada, que abandona la unidad de los apóstoles y se vuelve a Emaús, queremos ser la Iglesia convertida, que después de recibir y reconocer a Jesús como compañero de camino de cada uno, emprende el retorno al cenáculo, vuelve llena de alegría a la cercanía con Pedro, acepta integrar con otros la propia experiencia de proximidad y persevera en la comunión.

Podemos decir que la medida de la esperanza está proporcionalmente relacionada con el grado de proximidad que se da entre nosotros"⁹

Reclamamos que se nos trate siempre como personas y no como objetos porque ese trato es el único que hace justicia al misterio que somos, a la grandeza que nos da el hecho de ser persona. Y cuando no lo recibimos de los demás, sentimos que somos tratados injustamente, que somos humillados en lo más profundo de nuestro ser. Pues bien, el otro, quienquiera que sea, posee esa misma dignidad, que le hace acreedor del mismo aprecio que nosotros reclamamos. Ese es el mandamiento de Dios. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No dejemos que la pequeñez de nuestro corazón ponga límites a lo que Dios quiere, que lo que Dios quiere es sólo nuestra vida. El mandamiento de Dios está al servicio de esa vida nuestra, de la realización de lo que somos, que nadie ni siquiera nosotros mismos, quiere tanto como Dios. Y es sólo para eso, para que nosotros vivamos, para lo que Dios nos ha dado los mandamientos. "Haz esto y tendrás la vida".

Es importante notar que Jesucristo no se limita a proponer "un camino más excelente" (1 Cor 12,31), puesto que eso no nos serviría de mucho si nuestro corazón no fuese cambiado por su gracia. El nos ofrece siempre, y nos ofrece hoy, aquí, y ahora, la participación en su Espíritu, en su vida propia del Hijo de Dios, como un nuevo principio de vida, y es esa participación la que nos permite vivir "en la libertad gloriosa de los hijos de Dios", esperar "como hijos y herederos" la vida eterna, es decir, realizar en nosotros esa plenitud de verdad y de bien cuyo deseo nos constituye, porque es para lo que hemos sido creados.

"El relato del Buen Samaritano, digámoslo claramente, no desliza una enseñanza de ideales abstractos, ni se circunscribe a la funcionalidad de una moraleja ético-social. Sino que es la Palabra viva del Dios que se abaja y se aproxima hasta tocar nuestra fragilidad más cotidiana. Esa Palabra nos revela una característica esencial del hombre, tantas veces olvidada: que hemos sido hechos para la plenitud de ser; por tanto, no podemos vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede 'a un costado de la vida',

⁹ Cardenal BERGOGLIO, *Homilía en la Misa de clausura del Congreso Nacional sobre Doctrina social de la Iglesia*, Rosario 8.5.2011

marginado de su dignidad. Esto nos debe indignar. Esto debe hacernos bajar de nuestra serenidad para 'alterarnos' por el dolor humano, el de nuestro prójimo, el de nuestro vecino, el de nuestro socio en esta comunidad de argentinos [...].

Todos tenemos algo de herido, algo de salteador, algo de los que pasan de largo y algo del Buen Samaritano. Es notable cómo las diferencias de los personajes del relato quedan totalmente transformadas al confrontarse con la dolorosa manifestación del caído, del humillado. Ya no hay distinción entre habitante de Judea y habitante de Samaria, no hay sacerdote ni comerciante; simplemente están dos tipos de hombre: los que se hacen cargo del dolor y los que pasan de largo, los que se inclinan reconociéndose en el caído, y los que distraen su mirada y aceleran el paso.

En efecto, nuestras múltiples máscaras, nuestras etiquetas y disfraces se caen: en la hora de la verdad ¿nos inclinaremos para tocar nuestras heridas? ¿Nos inclinaremos a cargarnos al hombro unos a otros? Este es el desafío de la hora presente, al que no hemos de tenerle miedo. En los momentos de crisis la opción se vuelve acuciante: podríamos decir que en este momento, todo el que no es salteador o todo el que no pasa de largo, o bien está herido o está poniendo sobre sus hombros algún herido"¹⁰.

9. LA IGLESIA, PROLONGACIÓN DE JESÚS BUEN SAMARITANO

"El hombre no puede vivir sin amor", decía el Papa Juan Pablo II en su primera encíclica. "El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no se le revela el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente"¹¹. Pero la medida de ese amor en que el hombre debe participar para hallar sentido a su vida es la medida del amor infinito y eterno de Dios, la medida del amor que hemos conocido y que se nos ofrece en Jesucristo hoy, en la Iglesia, que es su cuerpo como posibilidad real y actual, y no sólo como utopía. Por eso, "el hombre que quiere comprenderse a sí mismo hasta el fondo y no sólo según pautas y medidas de su propio ser, que son inmediatas, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes debe, con su inquietud, con su incertidumbre e incluso con su debilidad y su pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por así decir, entrar en El con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo"¹².

La tradición teológica y pastoral ha leído en la parábola del buen samaritano un reflejo, por una parte de la humanidad herida y abandonada a sí misma, y por otra, de la compasión de Dios que, a través del Hijo, se inclina para curarla. Esta interpretación se basa en un verbo – "sintió compasión" *kai esplanchnisthè* – que aparece aquí, igual que en el relato de la viuda de Naín (Lc 7, 13) y en el motivo por el que el padre del hijo pródigo corre hacia él (Lc 15,20). Esta interpretación tan llena de belleza y tan sugestiva sigue siendo válida y enseña a vivir los mismos sentimientos de Cristo y a arrodillarse como él ante la humanidad herida y violentada y a socorrer con todos los medios a los heridos y abandonados que yacen "medio muertos" en las periferias de nuestra sociedad. A través de la pastoral de la salud, la Iglesia está llamada a manifestarse *como sierva de Dios y samaritana de la humanidad*, totalmente arraigada en Dios

¹⁰ Card. J. BERGOGLIO, Encuentro archidiocesano de catequistas 10 de marzo de 2012 en A. RUBEN PUENTE (ed.), Papa Francisco. Cómo piensa el nuevo Pontífice, Libros libres, Madrid 2013, 106-107

¹¹ JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, n. 10

¹² JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, n.10. Cf. también *Veritatis Splendor*, n. 8.

y totalmente solidaria de cada uno de los hombres y mujeres de esta tierra, en su condición concreta de fragilidad y necesidad.

“Inclinarse como el Buen Samaritano hacia el hombre herido abandonado al lado del camino es realizar esa “justicia más grande” que Jesús pide a sus discípulos y lleva a cabo en su vida, porque el cumplimiento de la ley es el amor. La comunidad cristiana, siguiendo las huellas de su Señor, ha cumplido con el mandato de ir al mundo a “enseñar y curar a los enfermos” y durante los siglos “ha advertido fuertemente el servicio a los enfermos y a los que sufren como parte integrante de su misión” (Juan Pablo II, *Motu Proprio Dolentium Hominum*, 1), de dar testimonio de la salvación integral, que es salud del alma y del cuerpo”¹³

Para la Iglesia es importante encontrar en la sociedad el lugar auténtico desde el cual cumplir su misión evangelizadora. Es evidente que la Iglesia de Jesús no puede vivir encerrada en sí misma, preocupada sólo por sus problemas, pensando exclusivamente en sus intereses. Si es fiel a Jesús, la Iglesia ha de estar allí donde se produce sufrimiento, allí donde están las víctimas, los empobrecidos, los maltratados por la vida o por la injusticia de los hombres, las mujeres golpeadas y atemorizadas, los extranjeros sin papeles, los que no encuentran sitio ni en la sociedad ni en el corazón de las personas. Desde sus orígenes, en la Iglesia ha habido muchos hombres y mujeres al servicio de los pobres y necesitados, tratando de aliviar el dolor y la necesidad de quienes poco podían esperar de una sociedad todavía poco organizada y sin apenas servicios sociales.

“El Año de la fe que estamos viviendo –advertía Benedicto XVI- constituye una ocasión propicia para intensificar la diaconía de la caridad en nuestras comunidades eclesiales, para ser cada uno buen samaritano del otro, del que está a nuestro lado. En este sentido, y para que nos sirvan de ejemplo y de estímulo, quisiera llamar la atención sobre algunas de las muchas figuras que en la historia de la Iglesia han ayudado a las personas enfermas a valorar el sufrimiento desde el punto de vista humano y espiritual. Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, «experta en la *scientia amoris*» (Juan Pablo II, Carta ap. *Novo Millennio ineunte*, 42), supo vivir «en profunda unión a la Pasión de Jesús» la enfermedad que «la llevaría a la muerte en medio de grandes sufrimientos» (*Audiencia general*, 6 abril 2011). [...] Movido por la caridad hacia el prójimo, Raúl Follereau dedicó su vida al cuidado de las personas afectadas por el morbo de Hansen, hasta en los lugares más remotos del planeta, promoviendo entre otras cosas la Jornada Mundial contra la lepra. La beata Teresa de Calcuta comenzaba siempre el día encontrando a Jesús en la Eucaristía, saliendo después por las calles con el rosario en la mano para encontrar y servir al Señor presente en los que sufren, especialmente en los que «no son queridos, ni amados, ni atendidos». [...] En el evangelio destaca la figura de la Bienaventurada Virgen María, que siguió al Hijo sufriente hasta el supremo sacrificio en el Gólgota. No perdió nunca la esperanza en la victoria de Dios sobre el mal, el dolor y la muerte, y supo acoger con el mismo abrazo de fe y amor al Hijo de Dios nacido en la gruta de Belén y muerto en la cruz. Su firme confianza en la potencia divina se vio iluminada por la resurrección de Cristo, que ofrece esperanza a quien se encuentra en el sufrimiento y renueva la certeza de la cercanía y el consuelo del Señor”¹⁴

El Crucificado ha resucitado, la muerte ha sido iluminada por la mañana de Pascua: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). El Señor resucitado que camina –desconocido- con los pequeños del pueblo, que suscita en tantos corazones la compasión del buen

¹³ BENEDICTO XVI, Mensaje al Consejo Pontificio para la Salud con motivo de su 25 aniversario y Congreso Internacional, 2010.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial del enfermo*, 11.02.2013

samaritano, es el único que puede lograr encender en nuestros corazones el fuego de la primera caridad. Así podremos volver a la sociedad con el entusiasmo final de los discípulos de Emaús y salir a proclamar la alegría del Evangelio. Se trata del encuentro con Jesús vivo, pero tenemos que redescubrir el modo de acercarse para curar al herido, para desbaratar desencantos, para ofrecer la alegría de la dignidad humana salvada. Allí encontramos la respuesta a la pregunta que repetidamente nos hacemos, ¿cómo podemos favorecer que se manifieste y se proteja, cada vez más, esa dignidad humana, tantas veces pisoteada, explotada, disminuida, esclavizada?¹⁵. En el Hijo 'entregado' para la salvación de la humanidad, la verdad del amor se prueba, en cierto sentido, mediante la verdad del sufrimiento. Y la Iglesia, nacida del misterio de la redención en la cruz de Cristo, «está obligada a buscar el encuentro con el hombre de modo particular en el camino de su sufrimiento. En ese encuentro el hombre "se convierte en el camino de la Iglesia", y es este uno de los caminos más importantes» (Juan Pablo II, *Salvifici doloris*, 3).

Un pensamiento de reconocimiento va hacia todos aquellos que trabajan, en los diversos sectores de la pastoral de la salud, para vivir esa diaconía de la caridad, que es central en la misión de la Iglesia. Os encomiendo a cada uno de vosotros, a los enfermos, a las familias y a todos los agentes de pastoral de la salud a la protección materna de María, salud de los enfermos.

Con mi afecto y mi bendición,

† Manuel Sánchez Monge, obispo de Mondoñedo-Ferrol

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Verdaderamente en nuestro horizonte se hace presente la vida eterna? ¿En nuestros trabajos y búsquedas, en nuestro caminar, está presente esa vital invitación? Aunque sepamos o intuyamos que es un don de Dios, ¿lo tenemos presente?
2. ¿Cuántas veces nos dejamos arrastrar por los prejuicios frente a la necesidad y al abandono de quien podría ser prójimo? ¿Cuántas veces pesa más la legislación que la compasión y la norma más que la misericordia? Los escrúpulos de los creyentes llevan con frecuencia a no saber mirar. Basta con que recordemos en este momento cuántas veces hemos dejado de actuar simplemente porque a nuestro interior llegan voces de prevención.
3. ¿Qué significa para mí el sufrimiento y el dolor de muchos cuando me acerco a una celebración litúrgica? ¿Valoro más las rúbricas litúrgicas que el acompañamiento a los enfermos?
4. ¿No estaremos necesitando que el gran Samaritano que es Jesús se nos acerque, cure nuestras heridas y derrame sobre ellas el aceite de su consuelo y el vino de su fuerza? ¿No está ante nosotros la oportunidad que Dios nos da para descubrir en nuestra fragilidad "un camino

¹⁵ Cardenal BERGOGLIO, *Homilía en la Misa de clausura del Congreso Nacional sobre Doctrina social de la Iglesia*, Rosario 8.5.2011

nuevo" en el que la fuerza suya se manifiesta en nuestra debilidad? ¿No está siendo la hora de fiarnos absolutamente del Dios que está trabajando algo nuevo con nuestra pobreza y de aceptar ser en la Iglesia "portadores de las marcas de Jesús", una realidad débil, siempre frágil y nunca acabada?

La deshumanización de nuestra sociedad se refleja también en el campo sanitario: hay enfermos que se sienten tratados con frialdad, de forma impersonal, como si fueran sólo un objeto o caso clínico interesante. ¿Somos los voluntarios de pastoral de la salud *expertos en humanidad*? La riqueza de la humanidad es un compromiso con los sujetos frágiles y débiles, que va configurando la propia personalidad del voluntario. La persona 'muy humana' mira, siente, ama y sueña de otra manera. No mira para poseer, sino para compartir. No ama con afán posesivo, sino para darse personalmente al otro. ¿Qué te sugiere todo esto? ¿Ponemos corazón en las manos, como pedía S. Camilo de Lelis?

Inclinarse como el Buen Samaritano hacia el hombre herido abandonado al lado del camino es realizar esa "justicia más grande" que Jesús pide a sus discípulos y lleva a cabo en su vida, porque el cumplimiento de la ley es el amor.

La escucha tiene el poder de sacar a la luz la vida que enterramos en las tinieblas del miedo a ser juzgados. La escucha libera de la soledad emocional en la que nos morimos cuando no somos capaces de compartir lo que atenaza nuestro corazón. La escucha ensancha los pulmones a quien se ahoga en su propia respiración contenida. La escucha relaja los músculos de la rigidez de lógicas que no nos dan paz en el alma¹⁶. La escucha es el aceite que engrasa el mecanismo de la relación cuando se siente vergüenza por la propia historia. La escucha es ese pincel que vuelve a dar color al cuadro de la propia vida que se había vuelto blanco y negro. La escucha es esa varita que da el toque de magia entre dos personas que son capaces de encontrarse íntimamente y generar salud. Quien escucha regala la propia persona al otro, su interés por él sin condiciones. Y una vez más acogemos la invitación de Zenón de Elea: "Recordad que la naturaleza nos ha dado dos oídos y una sola boca para enseñarnos que más vale oír que hablar".

Los enfermos no solamente son sujetos pasivos en la tarea evangelizadora de la Iglesia, sino también sujetos activos. Desde su propia situación nos ayudan a relativizar algunos de los valores y formas de vida de la sociedad actual, y también, de nuestras comunidades: la eficacia a toda costa, la competitividad, la ambición de dinero, de poder, de éxito y de prestigio, el ansia de tener y el afán de consumir. Con su actitud, tantas veces serena, nos ayudan a vivir y recuperar los valores fundamentales del Evangelio: la gratuidad, la fuerza del amor, la esperanza, la entereza en la hora de la prueba. Desde su postración, nos llaman a la solidaridad humana, al amor servicial y sacrificado y a la reivindicación de sus derechos. Nos ayudan a ser realistas en un mundo que vive de apariencias y, con frecuencia, de espaldas a la enfermedad, al sufrimiento y a la muerte, porque nos ayudan a reconocernos frágiles, limitados, mortales.

El voluntariado cristiano que actúa en este mundo de sufrimiento y del amor se sabe partícipe de la misma misión de Cristo, que vino a asumir la causa del hombre, a ofrecerle una nueva calidad de vida, a revelar los horizontes nuevos de la esperanza, a ser mediación del amor infinito del Padre, a reconciliarlo con sus propios límites. En la variedad de servicios que presta y de espacios donde actúa, el voluntario ha de ser consciente de que nunca es de forma excluyente un agente social o un agente pastoral, sino un testigo del evangelio. De ahí la

¹⁶ BERMEJO, J.C., *Introducción al counselling*, Sal Terrae, Santander, 2011

necesidad imperiosa de ser educados en la escuela del buen samaritano, de formarse para servir mejor, de enriquecer a diario las motivaciones y purificarlas, de cultivar el sentido de participación y de pertenencia a la comunidad, mantener viva y creativa la llama de la solidaridad mediante la oración. Acoger, comprender y acompañar. No siempre se puede curar pero siempre se puede cuidar.